

TRANSICIONES POSTCOMUNISTAS: ONCE AÑOS DESPUÉS

Durante la década de los noventa nuestro mundo ha cambiado completa y radicalmente. No es una valoración, es una descripción, sin más. Una parte sustancial de esta responsabilidad le corresponde al fin de la experiencia de construcción de un modelo económico y social anticapitalista. Parece que este es el mínimo en el que podemos ponernos de acuerdo. Si se valora como socialista, entonces comienzan los desacuerdos. Aunque no parece tampoco muy razonable ignorar lo que estos regímenes pensaban de si mismos.

Sea como fuere su fin alimentó una reflexión sobre la comprensión de este siglo que ha conocido al menos dos polos. El primero representado por el historiador inglés Eric Hobsbawm defiende la idea de un siglo corto marcado por el comienzo y fin de esta singular experiencia. La segunda, representada por Giorgio Arrighi apuesta por una explicación fundada en las continuidades y utiliza una terminología claramente contrapuesta: el siglo largo.

Pero además de esta reflexión genérica la transición en estos países se ha convertido en un auténtico y gigantesco laboratorio. Lo inesperado del derrumbe del bloque socialista y el contexto internacional en el que se produjo situó la alternativa liberal como el modelo de reinserción de estos países en la economía internacional. Fue también la agenda neoliberal la que explica el papel de la democracia y los debates alrededor del significado e importancia de la sociedad civil.

El modo en que estos países han enfrentado la simultaneidad de procesos a los que debían ofrecer respuestas ha suministrado una casuística que permite ofrecer una primera conclusión: debemos hablar de transiciones y no de transición.

Por más que algunos rasgos comunes deban ser destacados, los ritmos, la cadencia, el convencimiento de la elite dirigente, el papel de las poblaciones etc, no ha sido el mismo. Y en esos matices se esconde la gracia de las ciencias sociales.

En ese nivel de concreción hemos pretendido ofrecer preguntas y respuestas en las jornadas que esta revista patrocinó junto a la Fundación de Investigaciones Marxistas, a la que agradecemos su apoyo.

Recorrimos en esos días algunas cuestiones cruciales para la comprensión de los procesos de transición y para poder realizar eventuales valoraciones: la situación social, los procesos económicos, la construcción nacional y las minorías, la construcción de una institucionalidad democrática.

Es difícil realizar conclusiones, no era esta la pretensión de las jornadas, pero once años después parece evidente para todos que los méritos y deméritos de estos países, a día de hoy, no deben seguir siendo referenciados respecto al pasado. Lo que estos países hayan conseguido o no es el fruto del modelo de transición elegido.

Y en este punto los datos dicen que sólo unos pocos países han alcanzado los niveles de producción de antes del cambio, o que la caída en los niveles de

vida ha sido espectacular. Junto a esto se han incrementado a niveles desconocidos las desigualdades sociales y la pobreza. Siendo optimistas cabe imaginar que los niveles de crecimiento y la expectativa de ingreso en la Unión Europea consigan en el corto plazo modificar la situación. Pero no todos están de acuerdo con esto. Para algunos analistas, el modelo de crecimiento da muestras de agotamiento y la integración en las UE se hará en condiciones de clara subordinación. Según esta tesis, estos países pasarán a formar parte de la periferia de la Unión, integrada por un núcleo duro (alrededor de los países euro) y varios niveles de aproximación. La distancia respecto al centro no será baladí y determinará la resistencia frente a cambios en la coyuntura económica. La mayor sensibilidad de estas economías puede dar lugar a fenómenos de duradera inestabilidad.

Naturalmente, se trata de diagnósticos. Y lo cierto es que se ha demostrado el acertado diagnóstico de aquellos que presumieron un alto nivel de consenso con el cambio incluso en condiciones difíciles. La “economía de la paciencia” corrobora que en ausencia de alternativas las poblaciones optan por la propuesta más creíble. Es verdad también, que en los últimos tiempos este consenso se ha ido deteriorando y no parece tan sólido como hace apenas dos años.

En el plano político las cosas tienen una mejor apariencia. Si seguimos los análisis de la Comisión europea entonces la institucionalidad democrática de estos países es prácticamente homologable a la nuestra. Y lo cierto es que así parece. Merece la pena, no obstante considerar el impacto que el modelo de transición obrará en lo político en el medio y largo plazo. La democracia se ha utilizado como cierre del modelo. Le ha correspondido a la política gestionar el descontento social en un contexto de descrédito de lo público ante la crítica por los delitos del pasado y por los desafíos de una sociedad civil impregnada de un fuerte contenido antiestatalista.

En fin, las ponencias presentadas a las jornadas ofrecen ese *collage* diverso y plural, imprescindible para acercarse con un mínimo de objetividad a problemas tan complejos.